

Del análisis funcional de la conducta verbal¹

Pere Julià

Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Se exponen las características metodológicas fundamentales del análisis experimental de la conducta con el propósito de esclarecer los rasgos más distintivos de una visión funcional del lenguaje. Se discuten algunos temas relevantes de la teoría (psico)lingüística actual para ilustrar las diferencias existentes entre las formulaciones tradicionales y el enfoque experimental. Asimismo, se intenta dar respuesta a algunas de las interpretaciones erróneas de que ha sido objeto con mayor frecuencia la conducta verbal.

ABSTRACT

The basic methodological characteristics of the experimental analysis of behavior are set forth in order to clarify the more distinguishing features of a functional view of language. Some relevant issues in current (psycho)linguistic theory are discussed to illustrate the differences between the experimental analysis and traditionally formalistic approaches. In addition, an attempt is made to answer a few of the more recurrent misunderstandings with respect to verbal behavior.

¹ Ponencia presentada, en versión preliminar con el título "Del análisis experimental del comportamiento verbal", en el Simposio de Psicolingüística celebrado durante el XV Congreso Interamericano de Psicología, Bogotá, Colombia, diciembre 1974.

En su excelente "Apreciación Retrospectiva" del libro *Verbal Behavior*, de Skinner, MacCorquodale (1969) señala tres razones por las que esta obra es susceptible de malinterpretarse: *a)* sus objetivos no son explícitos, por lo que no se la puede considerar ni como una nueva gran teoría, ni como una microteoría; *b)* las preconcepciones existentes acerca del lenguaje; en ellas reside el último baluarte del mentalismo, y una apreciación plena del nuevo enfoque requiere algo más que un conocimiento superficial de los procedimientos del análisis experimental de la conducta. El análisis de Skinner difiere grandemente de la tradición; *c)* por regla general, los procesos explicativos descritos no son identificados por su nombre técnico.

El libro contiene en sus páginas iniciales una respuesta parcial a la primera de estas objeciones: "La falta de rigor cuantitativo queda hasta cierto punto compensada al insistir en que las condiciones a que apela el análisis sean, en la medida de lo posible, accesibles y manipulables. La presente formulación es eminentemente práctica, sugiriendo aplicaciones tecnológicas inmediatas a casi cada paso. A pesar de que no se subrayan datos experimentales o estadísticos, el libro no es teórico en el sentido tradicional, no recurre a entidades explicativas hipotéticas. Su finalidad es la predicción y el control de la conducta verbal" (Skinner, 1957, p. 12).

La segunda y tercera de las razones sugeridas por MacCorquodale están íntimamente relacionadas. Es probable que las interpretaciones erróneas de que ha sido objeto la obra procedan, no tanto de la poca cantidad de tecnicismos empleados, como del desconocimiento de los supuestos metodológicos fundamentales en que se basa el análisis. Como diría Skinner, hacer hincapié en la topografía de la conducta a expensas de las relaciones de control constituye un ejemplo de la falacia formalista. Ver la conducta en función de contingencias ambientales resulta ya difícil cuando se trata de repertorios no-verbales; la dificultad aumenta considerablemente al abordar la conducta verbal, debido al peso de un entrenamiento explícito sobre la materia al que todos, en mayor o menor escala, hemos sido sometidos en el proceso de recibir una "educación". El especialista muestra incluso un repertorio más elaborado y, en el fondo, acrítico respecto del repertorio que está tratando de explicar. Por ello, la segunda fuente de vulnerabilidad aducida por MacCorquodale adquiere preeminencia sobre las otras dos.

Dedicaremos las páginas siguientes a discutir algunas de las características metodológicas básicas del análisis experimental de la conducta, en la medida en que éstas pueden aclarar los principales rasgos de la visión del lenguaje que surge cuando nuestro objeto de estudio es interpretado en términos funcionales. Para una mayor claridad apelaremos, siempre que lo juzguemos útil, a formulaciones tradicionales de temas concretos.

Del análisis funcional

Al estudiar la conducta, nuestro dato más inmediato es su forma. La

tentación consiste entonces en querer explicarla en sus propios términos. El análisis estructural proporciona el mejor ejemplo de esta práctica, cuyo resultado es en esencia una taxonomía de los tipos de elementos identificados, supuestamente relevantes, suplementada a lo sumo por reglas que describen sus combinaciones permisibles. Todo intento de trascender los datos ya obtenidos constituye una forma indirecta de predicción de la conducta a partir de la conducta misma. Más sofisticadamente, se intenta a veces relacionar determinados aspectos de la conducta a variables independientes incontrolables, como pertenencia a una especie, o edad del organismo. La etología ejemplifica la primera de estas prácticas, y la psicología del desarrollo la segunda. El producto de este tipo de estudios es una especie de narrativa de correlaciones observadas más o menos de cerca. El especialista raramente lleva el análisis lo suficientemente lejos como para poder separar la contribución de las variables genéticas de la que aportan las variables relevantes en la historia ambiental de los organismos que está estudiando. (Habiendo seleccionado en primer lugar para su observación conductas específicas de una especie determinada, el etólogo concluye que sus sujetos se comportan del modo que lo hacen precisamente por pertenecer a dicha especie. Por así decirlo, se ha especializado en demostrar diferencias entre especies, lo cual constituye una curiosa actitud científica. Por otro lado, el psicólogo del desarrollo nos dirá que sus sujetos son o no capaces de hacer algo determinado porque han alcanzado o no una cierta edad. Pero sin un análisis a fondo e individualizado de las contingencias manipuladas, tales afirmaciones carecen de sentido. En última instancia, sólo han demostrado lo que su enfoque inicial les permitía demostrar).

Dada la dificultad que presenta distinguir entre explicación y descripción así formuladas, el único recurso que le queda al especialista es ir más allá de los hechos y atribuir una causa fisiológica, mentalista o conceptual a la conducta que está intentando *explicar*. La conducta es tratada entonces no como el objeto de estudio en sí, sino como un síntoma de procesos que están teniendo lugar a otro nivel. Además, la segmentación inicial que, por así decirlo, habíase hecho de la conducta investigada, corre entonces el riesgo de una total reificación, debido a la imposibilidad de manipular las variables independientes con el fin de observar cambios sistemáticos en la variable dependiente, como aconseja, siempre que sea posible, la buena práctica experimental. Esta permite, por un lado, confirmar la relevancia de las primeras y, por otro, prescindir cada vez más de las topografías originales de la segunda.

Una de las aportaciones más importantes del análisis experimental ha sido la demostración de que, si bien las propiedades topográficas de la conducta son también producto de procesos sujetos a leyes y, por tanto, susceptibles de análisis, no son necesarias para una formulación básica, en la que nuestro dato fundamental es la probabilidad de ocurrencia de la conducta en un momento dado. Dejar de observar este principio fundamental conduce inevitablemente a embarazosos nudos gordianos, como

clasificar juntas distintas instancias de conducta sobre la sola base de su semejanza formal o, en el caso contrario, considerar dos o más respuestas formalmente distintas como no-relacionadas, cuando en realidad son función de las mismas variables.

(El interés por la probabilidad de la conducta no constituye, naturalmente, un rasgo exclusivo del análisis experimental, como demuestra claramente la frecuencia con que los psicólogos emplean términos como 'hábito', 'instinto', 'predisposición', 'personalidad', 'habilidad', etc. En 1953, Skinner formuló las diferencias metodológicas fundamentales y sus consecuencias del siguiente modo: "A la probabilidad de acción se le ha concedido un estatus de *cosa*. Ha sido *imputada*, por así decir, al propio organismo en forma de eventos o estados neurológicos o psíquicos, con los que pueden identificarse hábitos, deseos, actitudes, etc. Esta solución nos ha forzado a asignar a la conducta propiedades no respaldadas por los datos, que han demostrado, además, ser harto contraproducentes. . . El referente físico de una probabilidad debe encontrarse entre nuestros datos, o el problema no hubiera sido tan persistente. El error que cometemos es buscarlo como una propiedad de eventos aislados".)

La continuidad conductual puede "segmentarse" para su estudio únicamente en forma no-arbitraria a partir de las variables independientes, entre las que ocupa un lugar especial su efecto sobre el ambiente. Con ello se definen *clases* operantes, y la noción de probabilidad, absurda en un análisis de eventos aislados, pasa a ser entonces directamente significativa. Como ha señalado Sidman: "La utilidad [del concepto de operante] es innegable, por cuanto ha hecho posible observar un grado de regularidad en la conducta, sin precedentes hasta el momento. La identificación de la operante como unidad de respuesta ha constituido el concepto unificador más poderoso en el estudio de la conducta" (Sidman, 1960, pp. 390-391).

En el laboratorio nos aproximamos a la noción de probabilidad, inobservable por ella misma, mediante el estudio de la frecuencia en el tiempo, i.e., tasa, de una respuesta previamente especificada. Suponiendo que sean múltiples las variables que entran en juego, debemos tenerlas todas en consideración. Al hacerlo —y éste es un punto a menudo mal entendido— todavía nos estamos ocupando de frecuencias observables. Skinner ha resumido algunas de las ventajas de utilizar la frecuencia de respuesta como dato básico y el alcance del marco de referencia resultante como sigue: "La frecuencia de respuesta ha demostrado ya ser útil en el estudio del moldeamiento de nuevas respuestas y la interacción entre respuestas de distinta topografía. Nos permite contestar preguntas como: ¿altera la emisión de la respuesta *A* la probabilidad de la respuesta *B*, parecida a *A* en ciertos sentidos? Ha demostrado ser también un dato útil en el estudio de los efectos de estímulos discriminativos. Si establecemos una determinada probabilidad de respuesta en presencia del estímulo *A*, podemos descubrir la probabilidad de que la respuesta sea también emitida en presencia del estímulo *B*, que se parece a *A*. Formulada en estos términos, una pregunta como '¿es el rojo tan distinto del naranja, como el

verde lo es del azul?' adquiere tangibilidad. Este mismo método ha permitido, a su vez, el estudio de discriminación de patrones y la formación de conceptos... Ha resultado ser un dato igualmente útil al estudiar dos respuestas emitidas al mismo tiempo. Así, nos permite investigar la conducta de 'elección' y observar el desarrollo de una preferencia por uno de dos estímulos. Este dato ha demostrado ser especialmente apto para el estudio de conductas complejas en las que dos o más respuestas se relacionan con dos o más estímulos —por ejemplo, en la igualación a la muestra o en la selección de su opuesto, digamos, con colores. Fuera del campo del aprendizaje es también considerable la labor llevada a cabo en materia de motivación (donde la frecuencia de respuesta varía con el grado de privación), de emoción (en que, e.g., la tasa de respuesta sirve como una línea base útil para observar lo que podemos denominar 'angustia'), de los efectos de drogas (evaluados, e.g., sobre una línea base estable obtenida mediante reforzamiento con un intervalo variable), etc. Constituye uno de los logros más prometedores el análisis del castigo, que confirma gran parte del material freudiano sobre la represión, y revela numerosos defectos en su uso como técnica de control" (Skinner, 1953).

No es difícil apreciar las implicaciones que para la psicología en general sugiere esta lista parcial de contingencias accesibles a un análisis verdaderamente empírico. El mejor modo de evaluar la eficacia del enfoque es comparar esta lista con el estado actual del análisis, reflejado, por ejemplo, en cualquiera de las antologías, ya sean sobre investigación básica o en materia de tecnología conductual, publicadas en estos últimos años. Metodológicamente hablando, adquiere particular importancia para nuestros fines la posibilidad que ofrece el análisis básico para la interpretación de fenómenos complejos, considerados inaccesibles, hasta hace poco, a un tratamiento directo, así como para poder prescindir de viejos conceptos a los que tradicionalmente se asigna un valor causal evidentemente no demostrado. Bastarán unos cuantos ejemplos.

A diferencia de las psicologías de *E-R*, que asignan al estímulo un valor binario, el análisis experimental de la conducta —con el que a menudo se las confunde— trata esta variable de forma más realista. La noción de control de estímulos se reduce a lo siguiente: aquellos aspectos del ambiente presentes cuando el organismo es reforzado tras la emisión de una determinada conducta adquieren, en distintas proporciones, control sobre dicha conducta. Nuestra evidencia del fenómeno radica en la mayor frecuencia con que la conducta es emitida en su presencia y no en su ausencia. El alcance de la estimulación efectiva es naturalmente manipulable. De ello resultan por lo menos tres consecuencias metodológicas fundamentales: *a)* términos como 'discriminación', 'generalización', 'abstracción', etc, pueden circunscribirse con ventaja a procesos conductuales definidos por procedimientos específicos cuya única diferencia reside en el alcance del control del estímulo: *b)* análogamente, el organismo no está haciendo nada especial cuando decimos que "identifica", "percibe",

“observa”, “clasifica”, “entiende”, etc, o en el caso en que haya transcurrido cierto tiempo desde la presencia del estímulo, cuando decimos que “recuerda”, “evoca”, “sabe”, etc. Ni estos ejemplos ni los anteriores nos indican qué es lo que está haciendo el organismo, a menos que podamos especificar también la naturaleza de la relación de control. Esta es toda la explicación que necesitamos. Podemos así dejar de hacer inferencias a actividades cognoscitivas especiales, como las implicadas tradicionalmente en los campos de la formación de conceptos, la atención, la memoria, ciertas formas de solución de problemas, etc; *c)* se impone una revisión del valor comúnmente atribuido por el psicofísico a las propiedades del estímulo como factores determinantes exclusivos, e incorporar también la historia del organismo. Resulta un contrasentido hablar de novedad, familiaridad, significado, etc, de un estímulo, si no se apela al mismo tiempo al previo contacto del organismo con él u otros semejantes.

A estas alturas, ya no tenemos que equiparar motivación, por ejemplo, únicamente con privación. La historia de reforzamiento, positivo y negativo, de un organismo, relativo a los parámetros del programa prevalente, la introducción o retirada de estímulos aversivos, evitables o inevitables, etc, constituyen variables relevantes al campo necesariamente recalcitrante de la motivación. (En efecto, la necesidad de hablar de motivación, aprendizaje, emoción, etc, como de *campos* separados, desaparece. Nos enfrentamos, pues, a clases específicas de contingencias determinantes de patrones conductuales característicos, lo que constituye una formulación mucho más útil y simple que continuar ateniéndose a delimitaciones artificiales surgidas principalmente de viejos hábitos verbales.)

Los mencionados son todos procedimientos perfectamente especificables y, por tanto, repetibles como lo son aquellos que llevan a un organismo a tener miedo, angustia, etc. No hay ninguna necesidad, por ejemplo, de apelar a *pulsiones*, ya sean éstas fisiológicas o psíquicas, innatas o adquiridas, y, particularmente, no existe la tentación de inferir con ligereza una *pulsión* (o una privación) para cada reforzador eficaz observado, operación especialmente difícil cuando se trata de reforzadores condicionados o generalizados. Un análisis experimental prescinde del anillo medial, inevitablemente inferido, de una cadena de tres miembros. Se deduce comúnmente que alguien tiene sed cuando se tiene información de que ha pasado unas horas sin ingerir ningún líquido, simplemente porque bebe o porque pide, e.g., agua. Pero ésta no es información suficiente. Una persona puede beber en una reunión por imperativos sociales, como una cocinera puede pedir agua para añadirla a la sopa que está cocinando: inferir sed a partir de la sola conducta sería absurdo.

De modo parecido, inferimos la angustia de un organismo por ejemplo, tras observar ciertos patrones conductuales segregados tradicionalmente como algo especial bajo este nombre. (El psicólogo a menudo se encuentra atrapado en una constelación de términos básicamente populares que se siente obligado a explicar, sin antes preguntarse el porqué de los mismos.) El error consiste, una vez más, en considerar la angustia inferida

como la causa de la conducta observada, en lugar de apelar directamente a la secuencia temporal en la que estímulos preaversivos y aversivos han tenido lugar en el pasado. Cualquiera que sea la estimulación interoceptiva o propioceptiva sentida por el organismo en tales circunstancias, los sentimientos inferidos son, a su vez, sólo un producto. Tanto la conducta como los sentimientos son generados por las contingencias. La mayor parte de la denominada conducta emocional puede analizarse óptimamente en términos de probabilidad de ocurrencia de ciertos patrones en función de variables ambientales.

En resumen, nunca manipulamos directamente estados internos. Generalmente no podemos hacerlo. Pero, aun si pudiésemos, el resultado no sería una explicación *conductual* de cómo un organismo cae bajo el control de variables ostensiblemente ambientales. (Se ha hecho particularmente obvio en estas últimas décadas que una investigación fructífera de los procesos fisiológicos correspondientes a la conducta requieren una cuidadosa especificación conductual previa, a fin de que nuestros esfuerzos no se pierdan en busca de condiciones irrelevantes.)

Otra característica del análisis experimental es su clara diferenciación entre conducta moldeada y mantenida por contingencias ambientales directas, y conducta que depende de instrucciones, de lo que el sujeto sospecha de las contingencias (dentro o fuera del laboratorio), etc. Si bien estas verbalizaciones resultan a veces relevantes, deben considerarse también como producto de un condicionamiento previo. La investigación con infrahumanos —en la que raramente es posible apelar a repertorios verbales— ha hecho posible un análisis directo de tales contingencias, sin necesidad de recurrir a otros sistemas dimensionales.

El progreso de un análisis experimental consiste en la posibilidad de descubrir los efectos de una manipulación cuantitativa progresivamente más refinada, aplicada a un número de especies distintas cada vez mayor y de conductas cada vez más complejas.

De la conducta verbal

El estudio del lenguaje se ha visto grandemente afectado por la falacia formalista. A ella se debe la concepción tradicional de este repertorio conductual como un sistema autocontenido e independiente del hablante, del ambiente, o de ambos. Chomsky, por ejemplo, considera una lengua como “un conjunto (finito o infinito) de oraciones, cada una de ellas de longitud finita y compuesta de un conjunto finito de elementos. Todas las lenguas naturales en su forma escrita o hablada son en este sentido lenguas, ya que toda lengua natural posee un número finito de fonemas (o letras en su alfabeto) y cada oración es representable como una secuencia finita de estos fonemas (o letras). El número de oraciones es, no obstante, infinito” (Chomsky, 1956, p. 13). Obsérvese la equiparación que de la lengua hablada y la escrita hace el autor.

Cuando nuestro objeto material queda circunscrito a las simples

respuestas o, más estrictamente, a sus huellas, la elaboración de técnicas descriptivas no puede más que adoptar el carácter de un interminable rompecabezas. Un análisis estructural se juzga, en el mejor de los casos, basándose en si se adecúa a determinados criterios metateóricos formalmente preestablecidos. Constituye otra fuente de validación, claro está, la posibilidad de analizar datos adicionales a partir de las clases de elementos previamente aislados y de sus reglas de combinación. Pero esto es un ejemplo de predicción de conducta a partir de la conducta misma. Por lo demás, cuando el lingüista (y algunos psicolingüistas), insatisfecho con la simple descripción, intenta a su vez explicar el fenómeno del habla a partir de la supuesta universalidad de sus criterios teoréticos, se ve previsiblemente impelido a postular una contribución innata por parte del organismo. El resultado es una caracterización a todas luces circular.

Generar oraciones, por gramaticales que sean —relacionadas o no estructuralmente entre sí—, no equivale, sin embargo, a hablar una lengua. La gente normal no anda por el mundo generando oración tras oración. Cuando habla, en oraciones o no, tiene que hacerlo de modo oportuno: ello implica un lugar, un tiempo y una topografía adecuados. Este es un punto en que a menudo estamos todos de acuerdo, sin que por ello se adviertan siempre todas sus implicaciones.

Numerosos psicólogos y la mayoría de los psicolingüistas comparten subrepticamente esta visión de su objeto de estudio cuando hablan de la “adquisición del lenguaje”, del “desarrollo del lenguaje”, de “los fonemas que el niño posee a cierta edad”, de aprender a “utilizar una frase nominal”, etc. Todas estas expresiones sugieren la existencia (independiente) de una serie de entidades que pueden supuestamente descubrirse y cuyas interrelaciones pueden definirse en sus propios términos.

Por razones inexplicables, el niño, a medida que crece, llega a apropiarse de tales entidades. Según la terminología contemporánea, interioriza el sistema generativo de objetos abstractos ideales que, como ser humano, ya sabe implícitamente. No obstante, ello no explica por qué debería dedicarse a aprender a hablar, ni por qué debería acabar comportándose (verbalmente o no) como sus congéneres inmediatos y no como otros.

Hoy es común descartar esta última pregunta apelando a la simple “exposición a un ambiente verbal”. En tal caso, el niño debería aprender a hablar igualmente en compañía de varios aparatos de televisión en funcionamiento constante. Otras veces se invoca un proceso de imitación vagamente entendido —ardua tarea si consideramos que lo único a que tiene acceso es a los *efectos* acústicos y no a la actividad articuladora de los adultos que le rodean.

Existe otro supuesto implícito. Tradicionalmente no se considera el habla como conducta o, cuando así se ve, se juzga como un tipo de conducta distinto, es decir, no sujeto a las mismas contingencias ambientales que el resto de repertorios. Así, en estos últimos años se ha atribuido un valor desproporcionado al hecho de que el niño eventualmente dice y

entiende cosas que no ha oído antes: a fin de explicarlo, se ha invocado un "aspecto creativo del lenguaje". (Obsérvese la reificación así como el grado de circularidad que implica esta expresión.) Sin embargo, el niño, además de hablar, aprende a hacer muchas otras cosas de forma y bajo condiciones crecientemente complejas. ¿Por qué no postular entonces un aspecto creativo especial para cada tipo de conducta, aun corriendo el riesgo de un nativismo a ultranza? Podríamos hacerlo, pero todavía nos quedaría por explicar el aspecto creativo en sí. En cualquier caso, parece perfectamente razonable preguntarse por la validez de una caracterización estrictamente formal y apriorística a modo de toda explicación.

Evidentemente, la solución debe buscarse en otra parte: el presente *impasse* radica en la resistencia por parte de la mayoría de especialistas a prescindir de cómodas ficciones explicativas e investigar directamente en qué consiste, en realidad, este ambiente verbal aducido. En otras palabras, lo que se impone es un análisis funcional a fondo, en el que el habla se transforma en nuestra variable dependiente y, como tal, es susceptible de ser estudiada con los métodos de las ciencias naturales.

Definir la conducta verbal como "conducta reforzada a través de la mediación de otras personas condicionadas específicamente para reforzar al hablante" (Skinner, 1957) subraya la importancia de este último. Sin él no habría conducta verbal que analizar; por otra parte, sin una comunidad dispuesta a reforzarle no habría razón alguna para que surgiera el hablante en primer lugar. Ambos, hablante y escucha, deben tomarse en consideración, a pesar de que una gran parte de la conducta del escucha como tal no difiere del resto de su actividad, por cuanto a su forma se refiere.

Los términos clave son 'mediación' y 'condicionadas específicamente'. El segundo permite la diferenciación de la conducta verbal del resto de repertorios sociales, al tiempo que da razón de sus propiedades dinámicas especiales. El primero señala que se trata de conducta que no podría surgir, como verbal, a través de sus efectos directos sobre el ambiente. Su emisión no depende, por tanto, de un ambiente con unas propiedades físicas especiales. (El valor simbólico que se le ha atribuido tradicionalmente radica, en gran parte, en este hecho.) Una consecuencia de esta definición es que el campo de fenómenos por estudiar queda grandemente ampliado: cualquier conducta, prescindiendo de la musculatura implicada (combinada quizás con un medio externo), puede convertirse en verbal. La definición es estrictamente funcional y, por tanto, no es gratuita. En cualquier caso, no hay razón alguna para limitarnos ya a la sola conducta vocal. (A título de ejemplo extremo del prejuicio existente al respecto, puede mencionarse la conducta quinésica, consistentemente caracterizada como "comunicación no-verbal".)

Nuestro dato natural es, aquí también, la probabilidad de ocurrencia de ciertas formas de conducta en el hablante individual. Su topografía, que explicamos por procesos de diferenciación de respuesta, adquiere importancia principalmente por cuanto se transforma, a su vez, en variable independiente. (Constituye una parte de aquello a que responde el

escucha.) Existe, naturalmente, intersección entre los repertorios de los distintos miembros de una comunidad verbal. Esto es, en efecto, lo que los define como tales. No obstante, debemos reconocer que cada hablante posee, por definición, una historia única, aunque ésta sea siempre función de los mismos tipos de variables. Los niños se convierten en adultos normales a medida que controlan y son controlados de un modo más eficaz por su ambiente social y físico (Cf. Sapon, 1965). En este sentido, por ejemplo, no es el lenguaje lo que se desarrolla (como sugiere la vieja metáfora), sino el niño como organismo que sucumbe a las exigencias crecientes de su comunidad. Un análisis funcional se centra, no en las respuestas resultantes (nuestro dato más inmediato, es verdad), sino en las variables que las determinan.

Este enfoque presenta dificultades para el formalista quien, por formación, busca soluciones permanentes y universales fácilmente integrables a una estructura teórica global. Veamos una crítica reciente: "Skinner reconoce el carácter fundamental del problema de la identificación de la unidad en conducta verbal, pero queda satisfecho con una respuesta tan vaga y subjetiva que en realidad no constituye una solución. La unidad en conducta verbal —la operante verbal— queda definida como una clase de respuestas de forma identificable, funcionalmente relacionadas con una o más variables independientes. No sugiere ningún método para determinar cuáles son las variables de control en una instancia particular, cuántas unidades de este tipo han tenido lugar ni dónde residen sus límites en la respuesta total. Tampoco hace ningún intento por especificar cuánta o qué clase de similitud de forma o de control se requiere para que dos eventos físicos sean considerados miembros de una misma operante" (Chomsky, 1959). Estas son todas, claro está, preguntas empíricas que atañen a la conducta de hablantes individuales en momentos distintos. Las propiedades dinámicas de un repertorio conductual, consecuencia de la interacción tanto de respuestas como de variables, cambian a medida que la historia de un organismo avanza. Muy esquemáticamente, una respuesta de forma determinada puede constituir un patrón unitario en un contexto funcional, y ser tan sólo parte de una respuesta más larga, o no compartir parentesco funcional alguno con ella, en otro. Asimismo, respuestas con propiedades formales totalmente distintas pueden ser miembros de la misma clase funcional en el repertorio de un hablante determinado. Insistir en una especificación *a priori* del grado de similitud en la forma o en el control a fin de poder clasificar respuestas, refleja una profunda incomprensión de las características básicas de un enfoque funcional. La vaguedad y subjetividad de la definición, aducidas por Chomsky, y, en particular, la relevancia de las variables de control (a las que está dedicado el libro de Skinner) en instancias específicas deben de resultar comprensiblemente difíciles de "aprehender" para el teórico "puro".

La conducta verbal raramente se da en función de una sola variable. Con una exageración que raya casi en la caricatura, la siguiente adaptación

de *Verbal Behavior* capta este hecho, así como el hacer del analista experimental:

“Supongamos que hemos aceptado el reto de evocar una respuesta determinada por parte de un hablante determinado en un momento dado. A fin de dar un valor al resultado, hacemos una apuesta considerable: un hispanoparlante, inconsciente del experimento, debe emitir una respuesta común, e.g., *lápiz*. Partiendo de la base de que contamos con los medios necesarios para manipular las circunstancias externas a nuestro antojo, ¿qué deberíamos hacer? Evidentemente, la manera más rápida de ganar la apuesta sería decir al sujeto *Por favor, diga 'lápiz'*. La historia de gran parte de hispanoparlantes con respecto a este estímulo verbal produciría casi por seguro el resultado deseado. De descartarse esa solución, tendríamos que introducir otras variables características de otras operantes con la misma forma de respuesta. Si la apuesta fuese considerable, probablemente introduciríamos varias de ellas al mismo tiempo para maximizar la probabilidad de la respuesta.

”A fin de fortalecer este mando particular, podríamos asegurar que no hubiera ningún lápiz u otro utensilio para escribir al alcance de la mano, y entonces dar al sujeto un block de dibujo y ofrecerle una recompensa substancial por hacer un dibujo que semejara un gato. No habríamos “creado una necesidad de lápiz” en el sentido de generar un estado de privación, pero habríamos hecho probable una conducta que sólo puede ser ejecutada con un lápiz. La respuesta *lápiz*, reforzada con frecuencia bajo condiciones similares en el pasado, sería, por tanto, probable. Podríamos fortalecer simultáneamente otras respuestas del mismo tipo proporcionando estímulos ecoicos (un fonógrafo con una voz en *off* que repitiera ocasionalmente la palabra *lápiz*) y estímulos textuales (letras en la pared que dijeran LAPIZ). Podríamos intercalar también otros estímulos verbales que produjeran respuestas intraverbales: el fonógrafo podría decir ocasionalmente *papel y...* y podríamos añadir otras letras que dijeran PAPEL Y... Podríamos propiciar la emisión de un tacto en la forma de *lápiz* colocando un lápiz muy grande o muy extraño en un lugar desacostumbrado, claramente a la vista, e.g., medio sumergido en una gran pecera o colgado del techo de la habitación. Por el simple hecho de hablarle español, le indicaríamos automáticamente que constituimos un auditorio hispánico. En tales circunstancias, es altamente probable que nuestro sujeto dijera *lápiz*” (pp. 253-254).

Es de todo punto necesario tener presente la observación que hace Skinner a continuación: “Las técnicas de control que involucran causación múltiple se aplican siempre que deseamos evocar una conducta que tiene ya cierta probabilidad de emisión”. Sus implicaciones son importantes, por ejemplo, en campos como la psicoterapia y la educación. Con sujetos carentes o prácticamente carentes de conducta verbal utilizamos por lo general estas técnicas una a una con el fin de establecer dicho repertorio. La comunidad, sin saberlo, hace algo muy parecido.

Esta cita incorpora todas las relaciones funcionales básicas: los estímulos ecoicos y textuales se suman para hacer probable una respuesta con características formales determinadas directamente por ellos, mientras que los efectos acústicos del fonógrafo y los textuales cuando dicen “lápiz

y. . .”, hacen probable la determinación de una cadena intraverbal generalmente bien establecida.

Los estímulos ecoicos, textuales e intraverbales se califican de “verbales”, por razones obvias. Gran parte de la conducta verbal se da, no obstante, bajo control de estímulos discriminativos no-verbales: el mundo que rodea al hablante da origen al tacto. Luego está el auditorio. La respuesta tactual del hablante pone a su escucha en contacto con aquellos aspectos del ambiente físico que la controlan— a los que no siempre tiene acceso directo—, permitiéndole así responder eficazmente a ellos. (Constituye una forma particular de relación tactual la abstracción, uno de los mayores logros de la comunidad verbal: la respuesta es controlada por una sola propiedad del estímulo; cuando son varias las propiedades en control, hablamos de conceptos.) En el caso que nos ocupa, la probabilidad de que el sujeto diga *lápiz* aumenta todavía más al utilizar un lápiz extraño en un lugar desacostumbrado.

La presencia de un auditorio también hace probable, en combinación con otras variables, la emisión de conducta verbal. De existir una alternativa, interviene en la selección de una determinada forma de respuesta en oposición a otras. Así pues, sería más probable que, si nuestro sujeto fuera bilingüe, dijera en esta ocasión *lápiz* y no, e.g., *Bleistift*. A diferencia de los estímulos discriminativos mencionados más arriba, el auditorio controla grandes grupos de respuestas (el tipo de datos en que el sociolingüista está a menudo interesado). Algún tipo de reforzador generalizado debe haber completado, naturalmente, la contingencia triádica fundamental en todos estos casos, u otros parecidos, en el pasado. Ello explica que la conducta exista ya con cierta fuerza.

(La conducta verbal bajo control de estímulos ha sido estudiada tradicionalmente por las teorías de la referencia, que se han restringido por necesidad a la relación tactual. Un enfoque funcional, sin embargo, no tiene razón alguna para segregar el tacto del resto de la conducta verbal bajo control discriminativo. Por consiguiente, prescinde de la noción de referencia y se centra exclusivamente en la relación de control en sí.)

Finalmente, la definición primitiva del mando (cognado de ‘mandar’, temáticamente relacionado con ‘pedir’, ‘exigir’, ‘preguntar’, etc) apela a la privación y a la estimulación aversiva como principales variables de control. (Cf. “Del análisis funcional”.) En la mayoría de casos huelga, incluso, toda apelación a aquéllas, como muestra claramente el ejemplo del lápiz. Un análisis experimental puede, por tanto, desterrar necesidades, deseos, intenciones, etc, como fuentes de explicación no dilucidadas (Cf. discusión sobre el significado *infra*).

Hemos visto, al hablar de la unidad de análisis, que el único modo de asegurar que dos o más respuestas formalmente equiparables son en realidad “la misma respuesta”, es verificando si son función de las mismas variables. Se ha dicho que, de acuerdo con este punto de vista, “el hablante no sabe si quiere agua o está meramente indicando la presencia de agua hasta que el escucha ha respondido” (Osgood, 1958). Esto es

buscar tres pies al gato. Si bien es verdad que las consecuencias forman parte integrante de la contingencia completa (permitiéndonos a *nosotros*, como analistas, adscribir la respuesta del hablante a una u otra relación funcional), lo que realmente importa es que si tras decir *agua* el escucha da agua al hablante, aumenta la probabilidad de que éste emita una respuesta semejante en el futuro, bajo circunstancias parecidas. Si el escucha, por el contrario, dice algo como “ah”, “muy bien” o “gracias por avisarme”, la probabilidad aumentará si en efecto el hablante únicamente señalaba la presencia de agua, pero no si las circunstancias son las mismas que en el primer caso. (Que la aprobación del escucha constituya, de hecho, un refuerzo, es, a su vez, una cuestión empírica.) El primer episodio habrá sido un mando y el segundo un tacto. El problema radica en contentarse con nociones tales como ‘querer’, ‘indicar’ y ‘saber’. Una crítica de este tipo confiere asimismo una excesiva importancia a la respuesta y una injustificable preocupación por hacer clasificaciones. (De hecho, podríamos subdividir el mando con base en las razones que tiene el escucha para reforzar al hablante, y podríamos subclasificar los tectos, e.g., en términos de las relaciones existentes entre el hablante y el escucha. Pero estaríamos corriendo el riesgo de reificar lo que sólo son contingencias a las que se ha dado, en el contexto verbal, un nombre con valor mnemónico.)²

Un tema relacionado es el de la interacción entre clases funcionales. Es falaz suponer que, por el hecho de “poseer” una determinada respuesta en una relación de control (e.g., ecoica), quede garantizada la disponibilidad de una respuesta de igual topografía bajo el control de otra relación funcional (e.g., tactual), en oposición a los marcos de referencia formalistas en los que “saber una palabra” implica poder “utilizarla” universalmente. El problema reside de nuevo en imputar un “conocimiento” de algo a un organismo, cuando nuestra única evidencia es que en determinadas circunstancias emite ciertas respuestas. Si éstas son determinadas funcionalmente, como sin duda lo son, entonces la explicación reside en las variables que las determinan; si las variables son distintas, las conductas no pueden considerarse las mismas. En los casos en que sí existe interacción entre clases, como sucede con frecuencia, debemos explicarla a través de comunidad de algunas de las variables, o bien a través de procesos conductuales a nivel de respuesta.

Estos dos últimos puntos sintetizan las diferencias más notables entre los enfoques tradicionales y el marco funcional. Mientras los primeros tratan de elaborar, tan algorítmicamente como sea posible, relaciones entre clases de elementos topográficos bien delimitados, un análisis funcional deja que sean los datos mismos los que dicten cuáles son tales elementos en cada caso. La variable dependiente “tiene sentido” solamente en función de las variables independientes.

² Para una formulación centrada en los *procesos* conductuales básicos, véase Julià (1973).

Es difícil hablar de lenguaje sin hacer mención del tema del significado. Este es comúnmente considerado como un atributo de la respuesta, práctica sin duda facilitada por el carácter estático de las unidades analizadas. Una consecuencia inmediata es suponer que el significado de una respuesta es el mismo para el hablante y para el escucha, posición fortalecida recientemente por formulaciones basadas en la teoría de la comunicación. De modo parecido, la teoría lingüística contemporánea apela consistentemente a un hablante-escucha ideal, como si ser uno implicara ser el otro. A menudo se atribuye al significado —que ha venido a substituir a las tradicionales *ideas* en estas últimas décadas— una existencia independiente: las respuestas se convierten entonces en simples “signos” o “símbolos”. Definir, e.g., *oración* como “palabra o conjunto de palabras con que se expresa un concepto cabal” (Casares, 1959), resulta elíptico: todavía queda por explicar en qué consiste un concepto cabal y cuál es su relación con las palabras que lo “expresan”. Los significados, ideas, conceptos, información, mensajes, etc., presuntamente expresados, comunicados o transmitidos en la interacción verbal demuestran ser meras ficciones explicativas tan pronto nos preguntamos por su origen. Puede que asignarles un valor pseudocausal sea el único recurso cuando circunscribimos nuestros datos a las simples respuestas.

Si tratamos la variable dependiente simplemente como tal, el significado depende de las variables independientes. (Hemos visto ya la posibilidad de analizar la referencia en términos de control de estímulos.) Para el hablante, el significado de una respuesta queda determinado por las variables responsables de su emisión. Claramente, la actividad del escucha es función de otras variables, pudiéndose analizar, en gran parte, como conducta discriminativa, verbal o no, bajo el control de la conducta verbal del hablante. (Proporciona un ejemplo particularmente claro de ello el análisis de conductas tales como dar y seguir instrucciones.) En resumen, especificamos el significado de una respuesta en la medida en que contamos con otras respuestas que son función de las mismas variables. Las respuestas en sí no comparten nada; sea lo que fuere lo compartido, lo comparten las contingencias de reforzamiento de que forman parte.

Nos hemos limitado exclusivamente a las relaciones funcionales básicas que caracterizan la conducta verbal. Su discusión ha sido indirecta: mientras que en el análisis original se partió de lo más sencillo para analizar eventualmente lo más complejo, aquí nos hemos valido de un ejemplo complejo para ir desgranando las múltiples variables que lo componían. Huelga decir que ello ha sido únicamente un recurso expositivo, perfectamente permisible dado el estado actual de la investigación en este campo (MacCorquodale, quien siguió el orden original, tituló la sección correspondiente de modo bien significativo: “Combinación de variables: Recomposición del ambiente”). No es éste el lugar para entrar en mayor detalle.

Nos hemos referido a un sujeto que aparentemente, a fin de saber lo que estaba haciendo, tenía que esperar la respuesta de su escucha. Pero

saber en este sentido consiste en responder discriminativamente (de forma abierta o encubierta) a la propia estimulación privada y/o a la propia conducta (también abierta o encubierta), posiblemente en relación con las variables ambientales, pasadas o presentes. Este constituye el campo tradicionalmente asignado a la *conciencia*, otro de los grandes logros de la comunidad verbal, mucho de cuyo misterio desaparece al analizarlo en términos de relaciones tautológicas. Una investigación a fondo permite tratar el contenido consciente y demás eventos "mentales" en términos empíricos.

Constituye un tema relacionado la manipulación de la propia conducta verbal. Si bien la mayor parte del habla cotidiana resulta bastante más estereotipada de lo que muchos desearían admitir, es también cierto que emitimos respuestas más elaboradas, siempre y cuando nuestro ambiente verbal exija mayor matiz. Las operantes básicas son entonces calificadas mediante procesos, por así decirlo, de organización, selección, evaluación, etc, factibles sólo porque el hablante se transforma con el tiempo en su propio escucha. (La posibilidad de autocorregirse, así como la actividad tradicionalmente conocida como *pensar* dependen también de este hecho.) Una vez más, no es preciso invocar a un agente del que hayamos prescindido a sabiendas o por ignorancia. Se trata de otro tipo de respuestas cuya naturaleza puede entenderse sólo apelando a su relación con las operantes básicas y su común efecto sobre el escucha. Distintas comunidades insisten en distinta medida y en momentos distintos en actividad autoclítica de este tipo.

MacCorquodale propone que *Verbal Behavior* sea considerado como una hipótesis acerca del habla y pregunta: "Suponiendo que lo sea, ¿qué podemos esperar de ella? No que haya sido comprobada, claro está, ni que sea consistente con nuestras preconcepciones acerca de la relación entre la mente y el habla. Estos no constituyen los fines de una hipótesis. Lo que sí podemos esperar es que los términos y procesos del aparato descriptivo subyacente puedan aplicarse de modo plausible al habla concebida en términos puramente conductuales, sin tener que modificar ninguna de sus características definitorias ni apelar a nuevas variables *ad hoc*." Cuestiones de este tipo no se resuelven mediante debates teóricos, sino a través del trabajo directo con la materia del estudio. Cuatro excelentes resúmenes críticos (Krasner, 1958; Salzinger, 1959; Greenspoon, 1962 y Holz & Azrin, 1966. Cf. también Williams, 1964 y Kanfer, 1968) atestiguan el progreso en este campo, tanto a nivel de aplicación como de investigación básica. De él han emanado ya algunas preguntas extremadamente sofisticadas, relevantes no sólo a la conducta verbal, sino también a la fundamentación de una teoría general de la conducta.

REFERENCIAS

Casares, J. Diccionario ideológico de la lengua española. Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1959.

- Chomsky, N. *Syntactic structures*. La Haya: Mouton & Co., 1956.
- Chomsky, N. *Verbal behavior*, by B.F. Skinner. *Language*, 1959, 35, 26-58.
- Greenspoon, J. Verbal conditioning and clinical psychology. En A.J. Bachrach (dir.), *Experimental foundations of clinical psychology*. Nueva York: Basic Books, 1962.
- Holz, W.C. y Azrin, N., Conditioning human verbal behavior. En W.K. Honig (dir.) *Operant behavior: Areas of research and application*. Nueva York: Appleton Century Crofts, 1966.
- Julià, P. El lenguaje considerado como conducta verbal. En Roca-Pons, J. (dir.), *El lenguaje*. Barcelona: Ed. Teide, 1973.
- Kanfer, F.H. Verbal conditioning: A review of its current status. En T.R. Dixon y D.L. Horton (dirs.), *Verbal behavior and general behavior theory*. N.J.: Prentice-Hall, 1968.
- Krasner, L. Studies of the conditioning of verbal behavior. *Psychological Bulletin*, 1958, 55, 148-171.
- MacCorquodale, K. B.F. Skinner's *Verbal behavior*: A retrospective appreciation. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 1969, 12, 831-841.
- Osgood, C.E. *Verbal behavior*, by B.F. Skinner. *Contemporary Psychology*, 1958, 3, 209-212.
- Salzinger, K. Experimental manipulation of verbal behavior: A review. *Journal of General Psychology*, 1959, 61, 65-94.
- Sapon, S.M. "Receptive" and "expressive" language. Presentado en la Sección 7 de la American Psychological Association, Reunión anual de 1965.
- Sidman, M. *Tactics of scientific research*. Nueva York: Basic Books, 1960. (*Tácticas de la investigación científica*. Barcelona: Fontanella, 1973).
- Skinner, B.F. Some contributions of an experimental analysis of behavior to psychology as a whole. *American Psychologist*, 1953, 8, 69-78.
- Skinner, B.F. *Verbal behavior*. Nueva York: Appleton Century Crofts, 1957.
- Williams, J.H. Conditioning of verbalization: A review. *Psychological Bulletin*, 1964, 62, 383-393.